Majadahonda
N
Nº 62 - NOVIEMBRE 2026



PADRE ÁNGEL
«LO PEOR DE LA SOLEDAD ES SENTIR QUE ESTORBAS»

Revista de actualidad, cultura, ocio y tendencias de Majadahonda | 100% independiente | www.majadahondain.es | @MajadahondaIN



Majadahonda IN
EDITA: MEIGA MEDIA S.L.
GERENTE: CARMEN MILLÁN
COLABORADORES: MAY PAREDES, ENRIQUE MORENO, JOSÉ ANTONIO FERNÁNDEZ, GUILLERMO MOLINA, JORGE GÓMEZ Y MICAELA MALAUSSENA.
DISEÑO Y ARTE: MIGUEL REDEL GÁMIZ • **FOTOGRAFÍA:** RICARDO RUBIO..
DTO. PUBLICIDAD: 616 64 90 11 • PUBLICIDAD@MAJADAHONDAIN.ES.
DEPÓSITO LEGAL: M-11316-2012 IMPRIME: MONTERREINA • www.majadahondain.es • redaccion@majadahondain.es
DIRECCIÓN: Plaza Mayor, 4, local 6, 28223 Pozuelo de Alarcón — 91 057 68 24 — 616 649 011 • PUBLICIDAD: publicidad@majadahondain.es
MAJADAHONDA IN no se responsabiliza de la opinión vertida en los artículos de sus colaboradores.
Esta publicación no puede ser reproducida, distribuida, comunicada públicamente o utilizada con fines comerciales, en todo o en parte, sin la previa autorización de la empresa editora.

Zielo SHOPPING POZUELO

VIERNES 13 DE NOVIEMBRE

Christmas Show

TRIBUTO A LAS HUNTRIX

VIVE EN DIRECTO EL ENCENDIDO DE LUCES CON RUMI, MIRA Y ZOE.
DESDE LAS 17:00 H. ACTIVIDADES, SET DE MAQUILLAJE, SHOW Y MEET&GREET



#zielo**kids**experience

MÁS INFO EN **ZIELO.ES**
Avda. de Europa nº 26 B
Pozuelo de Alarcón · Madrid





Pedro Sánchez, Tezanos y los mentideros del poder

Por Enrique Moreno

Fernando VII fue el Deseado para unos y el Rey Felón para otros. Dos siglos después, España vuelve a encontrar en un gobernante el centro de sus discusiones, sus temores y sus sospechas. Pedro Sánchez despierta una fascinación que Arturo Pérez-Reverte ha señalado públicamente y que, desde luego, daría para una película de intriga política. El problema es que no estamos en una sala de cine. Estamos en un país donde millones de ciudadanos trabajan, pagan impuestos y esperan que quienes administran sus recursos se ocupen de los asuntos públicos con la misma diligencia que dedican a conservar el poder.

Entre los personajes de esta historia aparece José Félix Tezanos, presidente del Centro de Investigaciones Sociológicas. Su obligación institucional es proporcionar estudios rigurosos sobre la sociedad española, no actuar como asesor electoral particular de ningún gobernante. Y aquí comienza mi sospecha, que expongo como opinión y no como hecho probado: ¿hasta qué punto los sondeos del CIS sirven para informar a los ciudadanos y hasta qué punto pueden convertirse en una herramienta de ventaja estratégica para quien ocupa La Moncloa? No afirmo conocer conversaciones privadas ni instrucciones ocultas. Lo que cuestiono es la confianza que puede inspirar una institución pública cuando sus estimaciones y la trayectoria política de su responsable suscitan controversias recurrentes.

Mi desconfianza hacia Pedro Sánchez nace de sus cambios de posición, sus acuerdos políticos y la distancia que sus críticos encuentran entre determinadas declaraciones y decisiones posteriores. Para quienes interpretan esa trayectoria como una sucesión de rectificaciones pragmáticas, estamos ante un político adaptable; para quienes la consideran una cadena de compromisos incumplidos, ante alguien cuya palabra ha perdido valor. Esa discrepancia es legítima. Lo que no debería perderse de vista es que gobernar exige algo más que habilidad para sobrevivir a la siguiente crisis.

Y aquí regresamos a los mentideros. Con las elecciones a la vista, cualquiera puede preguntarse qué revelan las encuestas internas, qué preocupa al presidente y qué decisiones prepara su equipo. Yo también me lo pregunto. Pero hay una diferencia decisiva entre sospechar que un gobernante utilizará todos los recursos políticos a su alcance para continuar en el cargo y afirmar que utilizará ilegalmente las instituciones: lo segundo exige pruebas. Precisamente por eso necesitamos un CIS transparente, instituciones independientes y controles que no dependan de la buena voluntad de quienes mandan.

Fernando VII terminó convertido en un personaje sobre el que la historia pudo dictar sentencia. Con Pedro Sánchez todavía estamos escribiendo los hechos. Y quizá la pregunta más importante no sea qué conejo sacará de la chistera antes de las elecciones, sino si las instituciones españolas son lo bastante sólidas para que ningún presidente, sea quien sea, pueda confundir su permanencia en el poder con el interés general. Ω



AKIRA
MEDICINA CAPILAR Y ESTÉTICA

Calle Doctor Barraquer 3
14004, Córdoba - España
Teléfono: +34 689 323 098







A Sánchez se le está poniendo una cara de Hugo Chávez que no puede con ella

Por José Antonio Fernández

Hay algo que me produce bastante más inquietud que un presidente del Gobierno incapaz de sacar adelante sus propuestas parlamentarias: un presidente que, cuando el Parlamento deja de darle la razón, empieza a insinuar que el Parlamento ya no representa al pueblo. Lo primero es una dificultad política. Lo segundo es una tentación que conviene vigilar muy de cerca. Porque las democracias no empiezan a deteriorarse cuando los gobernantes pierden votaciones, sino cuando deciden que las votaciones que pierden carecen de legitimidad moral. Y en esas estamos. Pedro Sánchez, que tiene una habilidad extraordinaria para convertir cada contratiempo propio en una deficiencia ajena, acaba de regalarnos otra de sus perlas institucionales: «Creo que es hora de que el Parlamento se parezca más a la calle y no a quienes viven en los aticazos». Qué maravilla. Qué profundidad. Qué manera tan elegante de insinuar que los diputados elegidos por los españoles representan a los propietarios de áticos mientras él, naturalmente, encarna el alma de la portera, del panadero, del estudiante y de la señora que espera el autobús. No sé si Sánchez ha leído últimamente la Constitución. Sospecho que la utiliza como esos libros de decoración que algunos colocan en las estanterías para parecer cultos sin correr el riesgo de abrirlos.

Afortunadamente, todavía quedan socialistas que distinguen entre la soberanía nacional y la soberbia personal. Felipe González, por ejemplo. Y debo confesar que escuchar al expresidente del Gobierno decir determinadas cosas me ha producido una satisfacción que no esperaba experimentar a estas alturas. González, durante un homenaje a Javier Lambán y Guillermo Fernández Vara, manifestó su indignación porque Sánchez hubiera acusado al Parlamento de traicionar a la mayoría social. «Me cuesta trabajo soportar que el presidente del Gobierno de mi país —de mi partido no, presidente del Gobierno de mi país— diga que el órgano de la soberanía nacional el viernes traicionó a la mayoría». No se puede explicar mejor. Ni con mayor autoridad. Ni con más contundencia. Porque González no habla desde la bancada de la oposición, ni desde un argumentario del Partido Popular, ni desde una tertulia empeñada en derribar al Gobierno. Habla desde la experiencia de quien presidió España durante casi catorce años, conoció mayorías absolutas, sufrió derrotas parlamentarias y, con todos sus aciertos y errores, sabe perfectamente qué significa la legitimidad democrática. Y lo verdaderamente significativo es que haya tenido que ser un expresidente socialista quien recuerde al actual presidente socialista algo tan elemental como que el Parlamento no representa al Gobierno, sino al pueblo español.

Conviene detenerse en este pequeño detalle, que parece haberse extraviado entre los sofás de La Moncloa. El artículo 66 de nuestra Constitución establece que las Cortes Generales representan al pueblo español. No dice que lo representen cuando votan favorablemente los proyectos del Gobierno. No establece que su legitimidad dependa de la satisfacción del presidente. Tampoco contempla que un gobernante pueda sustituir el resultado de las urnas por una interpretación sentimental de lo que, según él, piensa la calle. El Parlamento representa al pueblo porque el pueblo lo ha elegido. Punto. La calle puede manifestarse, protestar, reclamar, indignarse y exigir. Y bendita sea esa libertad. Pero la calle no constituye una segunda cámara legislativa cuyos integrantes se eligen por el volumen de sus gritos. Una manifestación de cincuenta mil personas merece respeto. Una de quinientas mil también. Pero ninguna puede atribuirse automáticamente la voluntad de cuarenta y tantos millones de españoles. Para conocer esa voluntad inventamos las elecciones, que tienen el inconveniente de que vota también la gente que no piensa como el presidente. Una auténtica faena para determinados temperamentos.

Lo de los «aticazos» merece capítulo aparte. Resulta admirable la facilidad con la que Sánchez identifica al adversario político con el privilegiado económico mientras se reserva para sí la representación de los humildes. Es una operación de prestidigitación digna de Juan Tamariz, aunque con bastante menos simpatía. El presidente señala un ático y pretende que dejemos de mirar el hemiciclo. Señala al propietario y pretende que olvidemos al diputado. Señala a una supuesta élite inmobiliaria y nos invita a concluir que cualquier parlamentario que rechace sus iniciativas está defendiendo los intereses de los ricos frente a los pobres. Así de sencillo. Así de burdo. Así de eficaz entre quienes han decidido sustituir el pensamiento por el aplauso. Yo no discuto que España tenga un problema gravísimo de vivienda. Lo tiene. Ni niego que haya ciudadanos desesperados ante alquileres imposibles y precios de compra disparatados. Se-

ría una estupidez. Lo que discuto es que semejante drama conceda al presidente una patente para repartir certificados de legitimidad democrática. Si su política de vivienda no obtiene respaldo suficiente en el Congreso, tendrá que negociar, modificarla, buscar acuerdos o asumir su derrota. Eso se llama parlamentarismo. Lo otro, convertir al discrepante en enemigo del pueblo, pertenece a una tradición política bastante menos recomendable.

Y aquí regreso a Felipe González, porque su segunda reflexión me parece todavía más importante que la primera. El expresidente advirtió que, si aceptamos que un Parlamento traiciona la soberanía nacional cuando no responde a las expectativas del Gobierno, tampoco habrá garantía de que el siguiente Parlamento sea respetado. Exactamente. Ahí está el meollo de la cuestión. Si el Congreso actual no representa al pueblo porque rechaza una propuesta de Sánchez, ¿qué impedirá que el próximo deje también de representarlo si vuelve a contrariarle? ¿Quién decidirá cuándo el Parlamento es legítimo? ¿El presidente? ¿Su gabinete? ¿Los manifestantes que compartan sus consignas? ¿Un comité de intérpretes de la voluntad popular instalado en algún ministerio? La democracia representativa no funciona así. La legitimidad de una institución no puede depender de la utilidad que tenga para quien gobierna. Si aceptáramos semejante principio, las elecciones dejarían de ser el mecanismo que decide quién ejerce el poder para convertirse en un trámite cuyo resultado habría que someter después a la aprobación moral del gobernante.

Felipe González ha llegado incluso a comparar esa manera de razonar con discursos empleados en Venezuela. La comparación es severa y conviene entenderla como una advertencia sobre la deslegitimación institucional, no como una equivalencia automática entre sistemas políticos. Pero yo comparto el fondo de su preocupación. Porque el golpismo no comienza necesariamente con un coronel entrando en el Congreso pistola en mano. También existe una mentalidad profundamente antidemocrática que consiste en considerar que la voluntad popular solo es auténtica cuando coincide con la voluntad propia. No afirmo que una declaración desafortunada constituya por sí misma un golpe de Estado. Sería una exageración jurídica. Lo que sostengo es que presentar al órgano de representación nacional como un obstáculo ilegítimo cuando ejerce sus competencias participa de una lógica de desprecio institucional que debería resultar intolerable en cualquier demócrata. El Parlamento puede equivocarse. Puede aprobar leyes malas. Puede rechazar propuestas excelentes. Puede estar integrado por diputados mediocres, oportunistas y auténticos monumentos a la inutilidad. Pero sigue siendo el Parlamento. Y ningún presidente tiene derecho a declararse más representativo que la institución que expresa la voluntad electoral de los españoles.

Lo más desconcertante es que Sánchez parece olvidar que él mismo ha gobernado gracias a esa aritmética parlamentaria que ahora considera insuficientemente parecida a la calle. Cuando los diputados le otorgaron su confianza, aquellos escaños representaban magníficamente la pluralidad española. Cuando las negociaciones con los partidos nacionalistas permitían formar mayorías, estábamos ante una extraordinaria expresión del diálogo democrático. Cuando una votación salía adelante por un margen mínimo, se celebraba la madurez de nuestras instituciones. Pero cuando el Congreso se resiste, cuando la suma no alcanza, cuando los aliados se rebelan o la oposición consigue impedir una iniciativa, entonces descubrimos que la Cámara se parece demasiado a los habitantes de los áticos. Una metamorfosis fascinante. La soberanía nacional se convierte en soberanía nacional a tiempo parcial. De nueve a dos, cuando conviene. Cerrado por discrepancia parlamentaria.

Yo no sé si Pedro Sánchez cree realmente en esa interpretación de la democracia o si se trata de otra maniobra de comunicación política. En ambos casos me preocupa. Si lo cree, revela una concepción del poder incompatible con el respeto que merece la representación parlamentaria. Si no lo cree y simplemente utiliza semejante argumento para obtener rédito electoral, la frivolidad resulta todavía más censurable. Porque las instituciones no son juguetes retóricos que puedan utilizarse para ganar una campaña. La Constitución no es un folleto publicitario. Y el Congreso de los Diputados no es una sucursal del Consejo de Ministros obligada a ratificar las decisiones del presidente. Para eso no harían falta cuatrocientos artículos de debate, comisiones, votaciones y controles parlamentarios. Bastaría con una mesa, un sello y un secretario que preguntara cada mañana qué desea Su Excelencia.

Me alegra, por tanto, coincidir plenamente con Felipe González en lo esencial. Y no porque haya desarrollado una repentina simpatía por todas sus decisiones de gobierno, que sería tanto como sufrir una insolación retrospectiva, sino porque hay asuntos que están por encima de las siglas. La soberanía nacional es uno de ellos. Me parece saludable que un socialista recuerde a otro socialista que el Parlamento no traiciona al pueblo cuando discrepa del Gobierno. Me parece necesario que alguien con la trayectoria de González advierta del peligro de semejante razonamiento. Y me parece especialmente revelador que, en un momento de tanta crispación, haya que reivindicar como una gran lección democrática algo que debería aprenderse en cualquier clase de Educación Secundaria.

Termino como empecé. Yo no tengo ningún problema con que Pedro Sánchez critique al Parlamento, a sus adversarios o a los propietarios de áticos. La libertad de expresión también protege las opiniones del presidente del Gobierno, incluso cuando me parecen disparatadas. Lo que no acepto es que se confunda la voluntad popular con la voluntad presidencial. Los españoles no votan para complacer a quien gobierna. Votan para decidir quién los representa y para que esos representantes ejerzan sus funciones, incluida la de decirle que no al Gobierno. Y si al presidente no le gusta el resultado, tiene una solución democrática perfectamente conocida: acudir a las urnas y aceptar lo que salga de ellas. Sin descalificar previamente al árbitro. Sin declarar sospechoso al Parlamento. Sin arrogarse la representación exclusiva de una calle que pertenece a todos.

Porque el Parlamento puede dejar de apoyar a un presidente sin dejar de representar al pueblo. Lo que no puede hacer un presidente es dejar de respetar al Parlamento y seguir pretendiendo que nos está dando lecciones de democracia. Ω





Imagínese que alguien decide meter la mano en el puchero

Por Guillermo Molina

A mí la palabra imagínese siempre me ha parecido maravillosa porque permite colocar delante de nuestros ojos una sucesión de hechos sin obligarnos a aceptar de antemano la conclusión. Imagínese usted un país europeo, democrático, moderno, orgulloso de sus instituciones y ya bien entrado el siglo XXI. Imagínese que su presidente comparece desde la residencia oficial para anunciar unas elecciones anticipadas y, en la misma declaración institucional, además de comunicar la fecha de las urnas, aprovecha para cargar contra la oposición, a la que describe como la peor de la democracia, y plantea el futuro inmediato como una disyuntiva entre la continuidad de su proyecto político y una ola ideológica de signo contrario. No hace falta imaginar demasiado porque eso, en esencia, acaba de ocurrir en España.

Imagínese ahora que todo sucede después de años políticamente turbulentos, con investigaciones, escándalos, acusaciones cruzadas, derrotas parlamentarias y una crisis de vivienda que se ha convertido en una de las grandes preocupaciones nacionales. Imagínese que las protestas por la vivienda crecen, que un grupo termina acampando en la Puerta del Sol, precisamente delante de la sede del Gobierno de la Comunidad de Madrid, gobernado por el principal partido de la oposición, y que comienza entonces esa maravillosa especialidad española consistente en discutir no ya sobre el problema, sino sobre quién tiene que solucionarlo, quién debe desalojar a quién, quién tiene las competencias, quién manda a la Policía, quién interpreta mejor la Constitución y quién consigue colocarle al adversario el muerto encima de la mesa. Si Goya levantara la cabeza no pintaría Los fusilamientos del tres de mayo. Pintaría una reunión de administraciones españolas intentando averiguar de quién es una competencia.

La Comunidad pide que se desaloje la acampada. La Delegación del Gobierno defiende el derecho de reunión. El asunto llega al Tribunal Superior de Justicia de Madrid y éste rechaza ordenar de manera inmediata el desalojo solicitado por el Ejecutivo autonómico. Y usted, ciudadano normal que por la mañana intenta llegar al trabajo, pagar la hipoteca y encontrar dónde aparcar, contempla el espectáculo y se pregunta lo de siempre: "Pero ¿aquí quién manda?". Pues depende. En España manda muchísimo todo el mundo hasta que llega el momento de hacerse responsable de algo.

Imagínese después que los dos grandes sindicatos, CCOO y UGT, anuncian una huelga general de veinticuatro horas por la vivienda y los salarios precisamente en este otoño electoral. Están en su derecho, faltaría más. Tan legítimo es convocar una huelga como preguntarse por su oportunidad política, por qué ahora, por qué de esta manera y qué responsabilidad corresponde a cada Administración después de años de una crisis habitacional que no apareció el jueves pasado detrás de un contenedor. Porque ése es otro vicio muy español: descubrir los problemas cuando empieza la campaña electoral. Antes eran estadísticas; después se convierten milagrosamente en emergencias nacionales.

Y mientras todo esto ocurre, Barcelona vive manifestaciones por la vivienda que terminan con barricadas, contenedores ardiendo, lanzamientos de objetos, detenidos y agentes heridos. Aquí es donde a mí empiezan a sobrarme las explicaciones infantiles. Porque una cosa es manifestarse, protestar, gritar, exigir alquileres más baratos o pedir la di-

misión del lucero del alba —derechos todos ellos perfectamente democráticos— y otra muy distinta quemar mobiliario urbano o enfrentarse a la Policía. La democracia permite estar enfadado. Incluso muchísimo. Lo que no convierte automáticamente en democrático cualquier comportamiento realizado mientras uno está enfadado.

Y entonces llegamos al Ministerio del Interior.

Yo no sé qué ocurrirá durante las próximas semanas ni tengo una bola de cristal encima de la mesa. Tampoco voy a atribuir conspiraciones sin pruebas, que ése es otro deporte nacional tan practicado como el fútbol. Pero sí sé una cosa: cuando un país entra en periodo electoral con una enorme polarización, protestas en las calles, una huelga general anunciada, enfrentamientos institucionales y episodios violentos, el Ministerio del Interior deja de ser una cartera más. Se convierte en uno de los árbitros esenciales de la tranquilidad democrática. Y a un árbitro, sobre todo cuando el partido está caliente, no basta con exigirle que sea imparcial; también conviene que todo el estadio pueda percibirlo como tal.

Porque la confianza institucional funciona como la virginidad: cuesta mucho conservarla y se pierde una sola vez. Cuando media España sospecha de la otra media, cuando cada decisión policial se interpreta políticamente, cuando un desalojo parece favorecer a unos y no desalojar parece favorecer a otros, cuando una manifestación se convierte inmediatamente en munición electoral, el problema deja de ser únicamente jurídico. Se convierte en un problema de credibilidad.

Yo nací en una España que todavía recordaba perfectamente lo que significaba desconfiar del poder. Y quizá por eso me produce cierta inquietud esta nueva costumbre de considerar paranoico a cualquiera que haga preguntas incómodas. No. Preguntar es precisamente lo contrario. Preguntar quién decide, con qué criterio, bajo qué norma, por qué se actúa aquí y allí no, quién da una orden y quién asume después la responsabilidad debería ser la gimnasia elemental de cualquier democracia adulta.

Porque las instituciones no pertenecen al Gobierno. Ésa es una diferencia que a veces parece olvidarse en cuanto alguien llega a La Moncloa. La Policía no es del ministro. La Fiscalía no es del presidente. La televisión pública no es del partido que gana las elecciones. La Administración no es patrimonio de quien ocupa temporalmente los despachos. Todo eso pertenece al Estado y, por extensión, a ciudadanos que votan a la izquierda, a la derecha, al centro, a ninguno o al Pato Donald si algún día decide presentarse.

Por eso yo, si militara en la oposición, observaría las próximas semanas con los ojos bastante abiertos. No porque dé por hecha ninguna maniobra, sino precisamente porque en democracia nadie debería dar nada por hecho. Exigir transparencia, neutralidad institucional y aplicación idéntica de la ley no es desconfiar de la democracia. Es cuidarla.

Y si alguien considera exagerado pedir semejantes precauciones, yo volvería al principio.

Imagínese que todo esto estuviera ocurriendo con un Gobierno del signo político contrario.

Ahora dígame usted si lo miraría exactamente igual. Ω



Revisión Pre-ITV Gratuita
y si detectamos alguna anomalía
te ofrecemos un 10% en recambios.*

*Oferta válida hasta el 31/12/2026

Talleres Riscal
C. Vereda de los Barros, 25 - Tel. 916 33 30 40 - servicioriscal.es



PRECIO MÁXIMO GARANTIZADO
PAGO EN EFECTIVO AL INSTANTE
Oro-Silver
C.C EL PALACIO LOCAL 42B (Junto a Bankia o Gimnasio)



Las olimpiadas del odio

Por May Paredes

Que estamos viviendo tiempos convulsos, desastres, accidentes, movimientos sociales, que es un mundo apocalíptico, pues sí, es cierto. Pero siempre lo ha sido. Este planeta es bárbaro ,que esto es la jungla, la ley del más fuerte no es novedad.

Lo que sí lo es desgraciadamente es la forma en que lo asimilamos y la salida que le damos a lo que provoca en nosotros lo que nos acontece.

Atrás quedó aquello de que hay aficiones para todos los gustos. Los hay que coleccionan sellos, otros se dedican a la jardinería, algunos encuentran su felicidad entre fogones. Ahora la epidemia es que también están quienes han descubierto que odiar es una actividad extraordinariamente gratificante. No requiere grandes conocimientos, tampoco esfuerzo físico y, lo que es mejor, se puede practicar desde el sofá, en pijama y sin necesidad de ducharse. Basta con disponer de un teléfono móvil y una conexión a internet. El talento, como veremos, es absolutamente prescindible. Las redes sociales han democratizado tantas cosas que también han conseguido que cualquiera pueda convertirse en un experto en desprecio. Ya no hace falta estudiar, documentarse o tener una opinión fundamentada. Para eso están los demás. Uno entra, observa cualquier publicación, fotografía, noticia o comentario y, sin más preámbulos, dicta sentencia. Si además consigue incluir un insulto ingenioso, aunque no siempre lo consiga, puede considerarse una jornada productiva si acaba en trifulca con desconocidos perdiéndose el respeto entre ofensas y amenazas. Hay auténticos especialistas en la materia. Los que practican el odio por afición, los que lo hacen por vocación y los que parecen haberlo convertido en una profesión a jornada completa. Estos últimos son especialmente admirables por su constancia. No se pierden una. Da igual que se trate de una canción, un estreno cinematográfico, una opinión política, un vestido o una fotografía de alguien disfrutando de sus vacaciones. Pero la política se ha convertido en hobby descarnado y descerebrado que quienes no aportan nada a la sociedad y pareciese que quieren recrear una guerra civil dialéctica. Siempre encuentran algo que reprochar. Si llueve, porque llueve; si hace sol, porque hace demasiado sol. Y si alguien sonríe, seguramente será porque tiene algo que ocultar. Parece que nacimos con un escaño sin sueldo asignado. Es una especie de competición por ver quién es capaz de escribir la barbaridad más contundente en el menor espacio posible. Una suerte de Juegos Olímpicos del mal gusto en los que la medalla de oro se concede al comentario más hiriente y el récord mundial lo ostenta quien consigue ofender a alguien que ni siquiera sabe que existe. Lo verdaderamente fascinante es la seguridad con la que se pronuncian. Catedráticos de todo, especialistas en nada, jueces de trayectorias ajenas y examinadores de vidas que no son la suya. Gente que posiblemente no sabría organizar una cena de amigos, pero que tiene clarísimo cómo debería vivir, vestir, cantar, pensar o envejecer el resto de la humanidad. Amén de dirigir el país desde posturas absolutamente radicalizadas en ambos lados, que quien no opina no es alguien de fiar o no es comprometido, que no se permite a uno quedarse callado con sus ideas y que debe escupirlas a toda costa y ponerse su propia pegatina para que todos vean de qué va. Como estrellas de David en el abrigo, eso nos suena a todos, pero parece que con lo listos que somos no lo podemos asociar, demasiado ocupados con el móvil rajando a diestro y siniestro. Y todo ello con una valentía extraordinaria. Porque hay que reconocer que insultar desde tu intimidad con tu móvil en tu casa o en la terraza del bar con una caña tiene su mérito, aunque sea un mérito parecido al de jugar al escondite con los ojos cerrados. La pantalla proporciona una protección estupenda para quienes confunden tener personalidad con tener mala educación y para los que buscan un protagonismo orgulloso para que les aplaudan como focas sus afines y desquiciar a sus detractores. También está esa curiosa necesidad de participar en todo. Personas que no conocen al protagonista, no han visto la película, no han escuchado el disco y probablemente no han leído más allá del titular, pero sienten una irrefrenable obligación de aportar su granito de arena. Bueno, su granito de arena no; su camión de escombros. Que si la bola negra, que si la bola blanca. Quizá lo más triste sea que hemos terminado confundiendo la libertad de expresión con el derecho a decir cualquier cosa sin asumir ninguna responsabilidad. Como si tener una opinión nos otorgara automáticamente la categoría de seres superiores y nos eximiera de utilizar algo tan antiguo y aparentemente pasado de moda como la educación. Porque discrepar está muy bien. Incluso es saludable. Lo que resulta bastante menos saludable es necesitar despreciar a alguien para sentirse un poco más importante. Aunque, pensándolo bien, quizá ahí esté la explicación de tanta actividad digital: hay quien necesita rebajar a los demás porque no encuentra otra manera de subir un poquito su propia estatura. Al final, las redes se han convertido en un inmenso escaparate donde todos queremos enseñar lo que pensamos, aunque algunos se empeñen en demostrar lo poco que piensan antes de escribirlo. Y así seguimos, practicando el noble arte de odiar, con miles de maestros, millones de alumnos y una asignatura que, por lo visto, no necesita vacaciones ni requiere de estudio. Lo malo es que, a este paso, vamos a terminar teniendo una sociedad de personas que no se soportan, pero que se siguen mutuamente.

Quizá si callaramos más y meditaramos bien a quienes vamos a votar para que trabajen para nosotros los próximos cuatro años, empezaríamos a ver la política de otra forma, algo tan simple como supervisar a quien nos representa con el sueldo que les pagamos y no como seres a quien odiar o idolatrar. Ω

Pueblos con Vida

SIERRA OESTE

de la Comunidad de Madrid

VUELVE A VIVIRLA











Comunidad de Madrid



El portero del burdel

Por Jorge Gómez

Hay establecimientos de reputación discutible que sobreviven durante décadas gracias a una norma elemental del comercio: el cliente puede sospechar que le cobran demasiado, que el champán es gaseosa con ínfulas francesas o que la señorita que le ha prometido amor eterno lleva prometiéndoselo a otros diecisiete caballeros desde las cinco de la tarde, pero lo que no puede ocurrir, bajo ningún concepto, es que el portero del local salga a la calle a insultar a quienes preguntan por la legalidad del negocio. Porque entonces el problema deja de estar dentro y se instala en la puerta, donde todo el vecindario puede contemplarlo. Algo parecido sucede con nuestro fútbol, ese magnífico burdel de lujo donde se venden emociones a precio de oro, se administran las sospechas como si fueran molestias intestinales y se exige a los clientes una fe que ni la Iglesia reclamaba en tiempos de Torquemada. En la puerta de semejante establecimiento encontramos a Javier Tebas, presidente de LaLiga, vicepresidente de la Federación Española de Fútbol y, por lo visto, hombre convencido de que entre sus múltiples obligaciones figura también la de repartir certificados de buena conducta periodística. Lo último ha sido comparar los métodos comunicativos del Real Madrid con los empleados por Goebbels, ministro de Propaganda de Hitler, una excursión intelectual tan desmesurada que uno no sabe si el señor Tebas necesita un asesor de comunicación, un profesor de Historia o que alguien le retire el teléfono móvil después de cenar.

La cuestión tiene su gracia, aunque sea una gracia de tanatorio, porque mientras el fútbol español sigue esperando que se esclarezca completamente por qué el Barcelona estuvo pagando durante años a José María Enríquez Negreira, vicepresidente del Comité Técnico de Árbitros, el presidente de la patronal parece encontrar tiempo, energía y entusiasmo suficientes para librar una guerra dialéctica contra el Real Madrid y su televisión. No conviene confundir las cosas: que existieron aquellos pagos es un hecho acreditado; que determinaran resultados o decisiones arbitrales es una cuestión que no ha quedado judicialmente demostrada. Precisamente por eso se investiga. Y precisamente por eso resulta tan extraordinario que el debate público termine girando una y otra vez alrededor de la legitimidad de quienes exigen explicaciones, como si el problema principal de un incendio fuera la mala educación del vecino que llama a los bomberos. Tebas asegura que el caso Negreira es gravísimo y debe investigarse hasta el final, lo cual está muy bien, pero después se enzarza en una disputa de una virulencia impropia de su responsabilidad institucional con uno de los principales clubes de la competición que preside. El Real Madrid, naturalmente, tampoco es una congregación de carmelitas descalzas y su televisión tiene una línea editorial perfectamente reconocible, tan legítima como discutible. Pero existe una diferencia fundamental entre que un club defienda sus intereses, incluso con excesos, y que el máximo representante de la competición parezca disputar con él un campeonato particular de agravios. El presidente de LaLiga no está obligado a darle la razón al Real Madrid. Está obligado a representar a todos los clubes con una imparcialidad que no debería ponerse en duda cada vez que abre la boca.

En Inglaterra, mientras tanto, han decidido que los presuntos pecados financieros del Manchester City merecen algo más que una tertulia de sobremesa. Una comisión independiente ha declarado al club culpable de graves infracciones de las normas económicas de la Premier League, aunque el procedimiento continúa sujeto a recursos y todavía debe completarse su desenlace disciplinario. Ya hablamos de ello en estas mismas páginas, cuando recordábamos que la confianza es esa gallina de los huevos de oro que los dirigentes sensatos procuran no estrangular. No insistiré en las cifras de empleos, ingresos televisivos y negocios que dependen del fútbol inglés, porque el lector ya conoce la aritmética y porque la cuestión ha dejado de ser contable para convertirse en moral. Lo verdaderamente interesante es que allí el sistema ha sido capaz de someter a un gigante económico a un procedimiento independiente, mientras aquí seguimos discutiendo si resulta conveniente que alguien recuerde un escándalo que afecta a los cimientos de nuestra competición. No sostengo que los ingleses sean más honrados, que sería tanto como creer que los piratas de Su Majestad se dedicaban a repartir caramelos por el Caribe. Sostengo algo bastante menos romántico: han comprendido que la autoridad de las instituciones se demuestra examinando a los poderosos, no peleándose con quienes los cuestionan. El portero de un establecimiento serio vigila que nadie haga trampas dentro; el de uno menos serio termina obsesionado con averiguar quién ha escrito la mala reseña en Google.

Y aquí aparece la verdadera enfermedad de nuestro fútbol, que no es exclusivamente el caso Negreira, ni Tebas, ni Florentino Pérez, ni siquiera esa colección de personajes que circulan por los despachos federativos como secundarios de una novela de Valle-Inclán. La enfermedad consiste en haber confundido la institución con el individuo, la autoridad con el temperamento y el interés general con el amor propio de quienes administran el negocio. Tebas parece entender muchas controversias como asuntos personales, y esa tendencia resulta particularmente desafortunada en alguien cuya principal obligación debería ser transmitir serenidad, ecuanimidad y respeto a todos los participantes. No hace falta compartir las denuncias de Real Madrid TV para considerar disparatada una comparación con la propaganda nazi. No hace falta ser madridista para exigir explicaciones sobre los pagos a Negreira. Y tampoco hace falta suponer que todos los árbitros están bajo sospecha para reconocer que la confianza en el arbitraje español ha sufrido un deterioro que no se arregla llamando manipulador al mensajero. Las instituciones existen precisamente para situarse por encima de las pasiones particulares. Cuando sus dirigentes bajan al barro y empiezan a intercambiar bofetadas verbales con los administrados, la autoridad se transforma en espectáculo y el espectáculo acaba devorando a la autoridad. Es el viejo drama de Pirandello: personajes que se creen autores de la obra y terminan descubriendo, demasiado tarde, que no controlan ni el argumento ni la reacción del público.

Lo más pintoresco de este episodio es que Tebas, después de sus declaraciones, ha conseguido que el Real Madrid exija formalmente su dimisión y que parte del Bernabéu le dedique pancartas y cánticos. El presidente ha respondido denunciando una estrategia de intimidación, mientras el club insiste en que sus manifestaciones son incompatibles con la neutralidad exigible a sus cargos. Y así seguimos, patapún parriba, convertidos en espectadores de una pelea que quizá proporcione grandes audiencias a las tertulias, pero que no aclara una sola de las preguntas esenciales. ¿Por qué se realizaron aquellos pagos? ¿Qué servicios se prestaron realmente? ¿Qué controles fallaron? ¿Qué responsabilidades corresponden, en su caso, a cada protagonista? ¿Qué reformas impedirían que una situación semejante volviera a producirse? Son preguntas bastante más importantes que determinar quién ha ganado la última batalla de Twitter, aunque sospecho que también bastante menos entretenidas para quienes han convertido el fútbol institucional en una prolongación de sus egos. La justicia tendrá que resolver aquello que le corresponde, con pruebas, garantías y sin condenas anticipadas. Pero los dirigentes deportivos tienen una obligación adicional: demostrar que el sistema es capaz de examinar sus propias miserias sin considerar enemigo a todo aquel que reclame una explicación.

Al final, el asunto tiene mucho menos que ver con el Real Madrid de lo que algunos pretenden. Tiene que ver con una pregunta elemental: ¿quién vigila a quienes deberían vigilar el negocio? Porque el fútbol español puede sobrevivir a una temporada mediocre, a una eliminación europea, a un error arbitral escandaloso e incluso a la insoportable vanidad de algunos de sus protagonistas. Lo que no puede permitirse indefinidamente es que sus instituciones terminen pareciendo propiedades privadas de quienes ocupan sus despachos. El aficionado paga la entrada para contemplar un espectáculo deportivo, no para financiar una guerra de orgullos personales ni para aceptar que las preguntas incómodas constituyen una agresión contra el establecimiento. Y cuando los responsables de preservar la credibilidad de una competición dedican más esfuerzo a desacreditar a quienes cuestionan su funcionamiento que a explicar cómo piensan mejorarla, la sospecha deja de ser una extravagancia del público para convertirse en una consecuencia de la conducta institucional.

Quizá Javier Tebas tenga razón en algunas de sus críticas al Real Madrid. Seguramente el Real Madrid tampoco tenga razón en todas las suyas. Pero ése no es el asunto. El asunto es que un presidente de LaLiga no puede comportarse como otro tertuliano enfadado, porque su cargo no consiste en ganar discusiones sino en garantizar que el negocio conserve una autoridad que no dependa de sus simpatías personales. Los buenos porteros saben distinguir entre quien provoca un altercado y quien pregunta por qué hay sangre en la escalera. Los malos terminan confundiendo a ambos, especialmente cuando conocen demasiado bien a los propietarios del local.

Y así nos encontramos: con un burdel de lujo, una clientela cada vez más desconfiada, demasiadas habitaciones cerradas y un portero que, en lugar de explicar qué ocurre dentro, ha decidido salir a la calle a repartir bofetadas dialécticas.

Lo verdaderamente preocupante ya no es que alguien sospeche del establecimiento. Es que el portero parece haber olvidado para quién trabaja. Ω





PADRE ÁNGEL: «HE ACOMPAÑADO A
VIDA Y SIEMPRE SE ARREPIENTEN D



MUCHAS PERSONAS AL FINAL DE SU E LO MISMO: DE NO HABER QUERIDO»



A sus 89 años, el fundador de Mensajeros de la Paz conserva una mirada luminosa, una sensibilidad que no se ha endurecido con los años y una convicción que atraviesa toda su vida: nadie debería sentirse solo ni creer que estorba. En una conversación íntima con Pozuelo IN, habla del miedo a envejecer sin cariño, de las personas que esperan durante días una llamada y de quienes tienen todo lo material, pero carecen de alguien que les escuche.

Por Carmen Millán

Nos recibe alrededor de una mesa camilla de las de antes. De esas que parecen hechas para quedarse un rato más, para conversar sin mirar el reloj y para escuchar historias que difícilmente cabrían en una entrevista apresurada. A nuestro alrededor, fotografías, recuerdos de toda una vida y una figura de Santa Teresa de Jesús. Cada rincón parece guardar una historia.

Frente a nosotros está el padre Ángel. Tiene 89 años, pero sus ojos conservan una juventud que desmiente al calendario. Son inquietos, expresivos, capaces de iluminarse con una sonrisa y de humedecerse cuando recuerda a quienes han pasado por su vida. Ha visto demasiado sufrimiento como para ignorarlo y ha recibido demasiado cariño como para dejar de creer en las personas.

Habla de la muerte sin miedo, de la vejez sin resignación y de la soledad con una preocupación que se adivina profundamente personal. Durante décadas ha acompañado a quienes apenas tenían nada, pero también ha descubierto que hay sufrimientos que se esconden detrás de las puertas de las casas más grandes.

Ahora ha puesto su experiencia al servicio de «Pozuelo Acompaña», el proyecto impulsado junto al Ayuntamiento de Pozuelo de Alarcón para hacer frente a la soledad no deseada. Una iniciativa que nace de una idea aparentemente sencilla: que nadie llegue a pensar que su vida ha dejado de importar.

Y, mientras conversamos, comprendemos que detrás de sus palabras hay algo más que una trayectoria dedicada a ayudar. Hay un hombre que todavía se emociona cuando alguien le agradece que le haya escuchado.

—Lleva prácticamente toda una vida escuchando historias de personas que sufren. De todas las palabras que ha escuchado, ¿hay alguna que todavía le duela recordar?

Cuando uno tiene casi noventa años ha escuchado muchas cosas que le han marcado. Con la edad, además, empiezas a recordar especialmente las palabras de tu madre y de tu padre. Pero hay algo reciente que me ha estremecido. Durante los Premios Princesa de Asturias, la presidenta de la Cruz Roja me comentaba una información sobre el suicidio de las personas mayores. Hablábamos de quienes pierden las ganas de vivir porque sienten que son una carga para los demás. Hay personas que dicen: «Estorbo, me voy a una residencia para dejar tranquilos a mis hijos». Pero hay otras que van todavía más lejos y piensan que, si estorban, es mejor dejar de vivir. Y no siempre hablamos de quitarse la vida de una manera evidente. Hay mayores que dejan de tomarse las pastillas, que dejan de comer, que se abandonan porque sienten que ya no tienen ningún motivo para seguir. Aquella conversación nos estremeció a los dos. Porque es terrible que una persona llegue a creer que sobra en este mundo.

PATRICIA DESCALZO

NEUROCOACH EDUCATIVO · PSICOPEDAGOGA · DOCENTE



Aprender desde dentro

Neurocoaching educativo

PARA ADOLESCENTES Y FAMILIAS

TDAH · DIFICULTADES DE APRENDIZAJE · ALTAS CAPACIDADES

Autoestima · Motivación · Organización · Autonomía

SESIONES ONLINE Y PRESENCIALES

SESIONES EN ESPAÑOL E INGLÉS

WHATSAPP **615 340 289**

www.patriciadescalzo.com

La atención primaria de tus hijos *empieza en ti*

En invierno, muchos virus infantiles son leves y pueden cuidarse en casa.
No les des antibióticos sin indicación médica.

Si la fiebre persiste, su estado empeora o pertenece a un grupo de riesgo, en Atención Primaria estamos para vosotros.

MÁS INFORMACIÓN:



Programa financiado por el Ministerio de Sanidad.

GOBIERNO DE ESPAÑA · MINISTERIO DE SANIDAD

Comunidad de Madrid



Padre Ángel: «Hay personas mayores que dejan de comer porque sienten que estorban».

«Hay gente que vive en grandes casas y está profundamente triste»

—¿Fue precisamente esa preocupación la que le llevó a implicarse, junto a la alcaldesa de Pozuelo, en el proyecto «Pozuelo Acompaña»?

Sin ninguna duda. Cuando hablábamos de esta iniciativa, los dos teníamos muy clara una cosa, la soledad es una enfermedad que tiene cura.

Y esa cura es el cariño. Es acompañar, estar cerca, hacer sentir a una persona que merece la pena seguir viviendo aunque tenga ochenta, noventa o cien años. Nadie debería pensar que ya lo ha hecho todo en la vida. Hay muchos mayores que te dicen: «Ya he criado a mis hijos, he cuidado de mis nietos, ya no me necesitan para nada». Y vuelve a aparecer esa palabra tan triste, estorbo. Pero hay otra frase que me conmueve especialmente, «Hace tanto tiempo que nadie me besa». Nos cuesta creerlo, pero hay personas que pasan semanas o meses sin recibir un abrazo, una caricia o simplemente una mano sobre el hombro. Y no hablo únicamente de mayores. También les ocurre a muchos jóvenes.

En San Antón, cuando preguntas a alguien cómo se llama, a veces te responde sorprendido «Es la primera vez que alguien me pregunta mi nombre». Fíjate qué poco hace falta para conseguir que alguien se sienta persona.

Eso es lo que queremos transmitir con «Pozuelo Acompaña». Que la vida es bonita, que merece ser vivida y que nadie debería atravesarla sintiéndose invisible.

—Pozuelo es uno de los municipios con mayor renta per cápita de España. Desde fuera puede parecer que sus vecinos lo tienen todo. ¿Estamos preparados para reconocer que detrás de una vida acomodada también puede esconderse una profunda tristeza?

Por supuesto. La soledad no distingue entre ricos y pobres. Yo creo que los dos grandes problemas que tiene nuestra sociedad son la migración y la soledad. Tenemos muchos otros, como la vivienda, el trabajo o la sanidad, pero estos dos me preocupan especialmente. Y la soledad tiene algo particular, podemos combatirla si de verdad nos lo proponemos. Afecta a personas que tienen dinero y a quienes no tienen nada. A personas sanas y a enfermos. Hay gente que vive en casas enormes, rodeada de comodidades, y está terriblemente triste. Por eso me parece tan importante este proyecto de Pozuelo. Ojalá otros municipios lo imiten. No por copiar una iniciativa, sino porque realmente hace falta.

—¿En qué momento deja la soledad de ser una elección personal y se convierte en un sufrimiento?

Cuando una persona deja de sentirse querida. Hay madres y abuelas que viven a quinientos o a tres mil kilómetros de sus hijos. No necesitan que estén físicamente a su lado todos los días, aunque naturalmente les gustaría. A veces basta una llamada. He conocido a personas que pasan toda la tarde pendientes del reloj porque saben que a las siete las llamará su hijo. Imagínate lo que significa esa llamada para ellas. Puede ser el momento más importante de todo su día, y no siempre somos conscientes de ello. A veces pretendemos combatir la tristeza con pastillas, cuando también necesitamos algo mucho más humano, amistad, compañía, alguien que nos pregunte cómo estamos.

Incluso aquí, en nuestras oficinas, deberíamos acostumbrarnos a interesarnos por quienes trabajan a nuestro lado. Preguntar cómo han pasado el fin de semana, dar los buenos días, detenerse un momento. Parece una tontería, pero no lo es. Hemos perdido parte de la costumbre de ser amables.

—Vivimos permanentemente conectados, pero quizá cada vez nos visitamos menos. ¿Hemos sustituido el abrazo por una llamada telefónica?

En parte sí, aunque yo no estoy en contra del teléfono. Cuando viajo a Ucrania, por ejemplo, sé que puedo comunicarme con alguien, que puedo llamar o que pueden llamarme. Eso es maravilloso.

Vivimos en un mundo en el que las familias están separadas por grandes distancias. No siempre puedes acercarte a darle un achuchón a tu madre, a tus hijos o a la persona que quieres. Pero sí puedes llamar y decir, «Buenos días, ¿cómo estás? ¿Qué tal has pasado el día?». El teléfono nos permite estar presentes incluso cuando estamos lejos. Ahora bien, hay algo que ninguna tecnología podrá sustituir, un beso, una mano que te acaricia, un abrazo de verdad. Eso sigue siendo insustituible.







MiMMi

WELLNESS PLACE

Tu centro de estética avanzada en Boadilla del monte.
Donde los resultados son reales y la experiencia es única.
Pide tu cita de valoración gratuita y descubre cuál es el tratamiento ideal para ti.

Dirección: Av. Montepríncipe 23, local 13 · 28660 Madrid, (parking gratuito para clientes).
Web: www.mimmiwellness.es Teléfono: 676 86 22 54



—«Pozuelo Acompaña» quiere implicar a comercios, farmacias y otros establecimientos del municipio. Pero muchas personas que sufren soledad no lo reconocen, ni siquiera ante sus familiares. ¿Cómo se consigue llegar hasta ellas?

No pretendemos comernos el mundo. Si conseguimos que una sola persona deje de sentirse sola, que alguien pueda visitarla o darle los buenos días, ya habremos conseguido algo importante. Lo fundamental es concienciar. Los comercios y las farmacias son lugares muy especiales porque forman parte de la vida cotidiana. El dependiente que ve cada mañana a una señora comprar el pan puede darse cuenta de que un día está más triste, que necesita hablar o de que hace tiempo que nadie se interesa por ella. Esa cercanía tiene un valor enorme. Yo siempre digo, medio en broma, que habría que premiar a las personas amables y penalizar a quienes no lo son. Porque ser amable no cuesta dinero y puede cambiarle el día a alguien. También hemos querido llevar esta reflexión al Senado. Porque la soledad no afecta únicamente a quienes parecen más vulnerables. Los políticos también están solos. Desde el presidente del Senado hasta el último diputado de cualquier partido.

A veces pensamos que tener poder o reconocimiento significa estar acompañado. Y no es verdad.

—En esta iniciativa también participarán universitarios. ¿Qué pueden aprender los jóvenes de las personas mayores a las que van a acompañar?

Van a descubrir una asignatura que no siempre se enseña en la universidad. Van a aprender que la soledad existe, que puede ser muy dolorosa y que sus consecuencias pueden llegar a ser gravísimas.

Pero, sobre todo, van a descubrir el valor de escuchar. Los mayores tienen muchísimo que ofrecer. Han vivido, se han equivocado, han aprendido, han amado y han sufrido. Tienen historias que merecen ser escuchadas. Y los jóvenes van a comprender que acompañar no consiste únicamente en hacer algo por otra persona. También significa dejar que esa persona te enseñe. Afortunadamente, vivimos en una sociedad en la que hay muchísimos voluntarios. También la Iglesia realiza una labor de acompañamiento muy importante. Hay personas que encuentran consuelo simplemente entrando en una iglesia, sentándose un rato y rezando ante una imagen en la que creen. No podemos despreciar ninguna forma de consuelo.

«A veces se me hace un nudo en la garganta cuando alguien me da las gracias por escucharle»

—La iglesia de San Antón se ha convertido en un refugio para personas que llegan con historias difíciles. Después de tantos años, ¿todavía consigue sorprenderle el ser humano?

Cada día. Y me sigue sorprendiendo para bien. San Antón era necesario y sigue siéndolo. Es un oasis para muchas personas. Allí he aprendido tres cosas fundamentales, a escuchar, a llorar y a dar gracias a Dios. Hay gente que se sienta en esta misma mesa camilla, me cuenta su vida y, cuando se marcha, me agra

Tu próximo gran paso profesional EMPIEZA AQUÍ.



Formación

Empleo

Emprendimiento

Crecimiento

Contratación

MÁS INFORMACIÓN

Comunidad de Madrid

dece que la haya escuchado. Solamente eso. Y a mí se me hace un nudo en la garganta. Porque pienso en mi propia madre. Yo también necesitaba que me escuchara. Lo hizo tantas veces... Y, sin embargo, nunca le di las gracias. Hay cosas de las que uno se da cuenta cuando pasan los años.

—Ha dedicado su vida a escuchar a los demás. Pero ¿quién escucha al padre Ángel? ¿A quién llama cuando es usted quien necesita hablar?

Bueno, a veces llamo y está comunicando —responde con humor—. Tengo muchas personas a mi alrededor que me escuchan. O que me aguantan, que también tiene su mérito. Todos necesitamos a alguien. Familiares, amigos, personas que estén cerca. El papa Francisco decía que tenemos dos oídos para escuchar y solamente una boca para hablar.

—Ha conocido a personas que no tienen absolutamente nada y a otras que aparentemente lo tienen todo. ¿Se necesita el cariño de manera diferente según la situación económica?

El cariño lo necesitamos todos, aunque algunos intenten comprarlo. Hay personas que confunden el afecto con el sexo, pero eso puede durar media hora. Después vuelven a encontrarse solas. Conozco gente que vive en auténticos casoplones y que es profundamente infeliz. Tienen todo lo que el dinero puede comprar, pero no tienen a alguien que se siente frente a ellos y les pregunte cómo están de verdad. No estamos acostumbrados a que alguien venga simplemente a escucharnos, eso es muy triste.

—Hay personas que necesitan ayuda, pero no se atreven a pedirla por vergüenza, por orgullo o por miedo a preocupar a sus familias. ¿Cómo se entra en ese mundo tan íntimo sin invadirlo?

Nosotros damos formación y hacemos cursillos para aprender a acercarnos a las personas. Pero hay algo que no se puede enseñar en ningún curso, las ganas de querer. Cuando uno quiere enamorar a alguien, se inventa la manera de acercarse, ¿verdad? Pues para acompañar sucede algo parecido.

Puedes empezar preguntándole dónde nació, si tiene familia, cómo era su pueblo o a qué se dedicaba. Y de pronto aparece una historia. Lo importante es tener verdadero interés. Si quieres llegar a una persona, encuentras la manera.

«No hemos perdido la bondad, pero esperamos a que ocurra una desgracia para demostrarla»

—Dentro de seis meses, cuando haga balance de «Pozuelo Acompaña», ¿qué le gustaría poder contar?

No necesitamos cambiar el mundo entero. Me conformaría con haber acompañado a un par de personas y que alguna pudiera decirnos, «Gracias a que alguien me escuchó, no hice una tontería».

Con eso ya nos daríamos por ganadores. A veces medimos las cosas por grandes cifras, por estadísticas o por la cantidad de personas a las que llegamos. Pero detrás de cada número hay una vida. Y salvar una vida, o conseguir que alguien recupere las ganas de vivir, ya merece todo el esfuerzo.

—¿Cree que nos hemos convertido en una sociedad menos compasiva, más pendiente de nosotros mismos y menos dispuesta a mirar a quien tenemos al lado?

No. Yo creo que tenemos una sociedad preciosa. Una sociedad que responde, que se vuelca con los demás y que tiene muchísima bondad. Lo que pasa es que a veces somos un poco tontos. Necesitamos que ocurra una desgracia, como una dana o un incendio, para sacar todo lo bueno que llevamos dentro. Entonces aparecen miles de personas dispuestas a ayudar, a dar lo que tienen, a trabajar por los demás. Y yo me pregunto: ¿por qué esperamos a que suceda algo terrible? Hemos perdido costumbres tan sencillas como dar las buenas noches, besar a alguien antes de dormir o abrazar a las personas que queremos. Yo digo que no deberíamos acostarnos sin haber dado un beso o un abrazo. Y si hace falta, habrá que salir a buscar a alguien a quien dárselo. Lo digo muy en serio.

«Al final de la vida nadie se arrepiente de haber querido demasiado»

—Después de casi noventa años de vida y de haber acompañado a tantas personas en sus momentos más difíciles, ¿qué cree que es lo verdaderamente importante para ser feliz?

Que nos queramos y que nos dejemos querer. Hemos nacido para querer a las personas. Kay quienes se equivocan y dedican toda su vida únicamente a trabajar. Y no se dan cuenta de lo que realmente importa hasta que están llegando al final. Yo he acompañado a muchas personas que se estaban muriendo. He estado a su lado en esos últimos momentos, cuando ya no hay tiempo para aparentar nada, cuando uno sabe que se va. Y ¿sabes de qué se arrepienten? De no haber querido más. De no haber dedicado más tiempo a las personas que tenían cerca. De no haber dicho más veces «te quiero». Por eso en esta campaña vamos a decir muchas veces «te quiero» y «quiero estar aquí». Porque, si no encontramos tiempo para eso, ¿para qué estamos viviendo?

La conversación termina, pero cuesta levantarse de aquella mesa. El padre Ángel sigue hablando con la misma naturalidad con la que se emociona. No parece tener prisa, quizá porque ha aprendido que dedicar tiempo a alguien es una de las formas más sinceras de demostrarle que importa.

No habla de retirarse ni de descansar. Sigue pensando en las personas que mañana se despertarán sin nadie que les dé los buenos días, en quienes llevan demasiado tiempo esperando un abrazo y en los mayores que han llegado a convencerse de que ya no son necesarios.

«Pozuelo Acompaña» nace precisamente para intentar que esas historias tengan otro final.

Y queda una imagen difícil de olvidar, la de un hombre que ha pasado casi toda su vida escuchando a los demás y que todavía se conmueve al recordar que nunca le dio las gracias a su madre por haberle escuchado a él.

Quizá ahí resida la enseñanza más profunda de esta entrevista. No siempre hacen falta grandes gestos para cambiar una vida. A veces basta con sentarse a una mesa, mirar a alguien a los ojos y hacerle sentir que todavía hay quien quiere quedarse a su lado.

Porque lo verdaderamente triste no es hacerse mayor. Es llegar a creer que ya no queda nadie para quien sigamos siendo importantes. Ω

Estrella Galicia

Restaurante con terraza - jardín

Eventos, celebraciones, fiestas, grupos

La Montefiore

Reservas 91 351 96 23 - 654 54 84 56

MOLINASECA
supermercados

ÁNGEL GARCÍA
PESCADERÍAS

en C/ Francia 8, Pozuelo de Alarcón

Indicador del riesgo de la Cuenta Corriente

1 / 6	La entidad se encuentra adherida al Fondo de Garantía de Depósitos de Entidades de Crédito Español. La cantidad máxima garantizada actualmente por el mencionado Fondo es de 100.000 euros por depositante.

Este número es indicativo del riesgo del producto, siendo 1 / 6 indicativo de menor riesgo y 6 / 6 de mayor riesgo.

cajamar
CAJA RURAL

Pozuelo ya estamos aquí, y te ofrecemos...

HASTA
750* €

Sí, has leído bien

Trae tu nómina y llévate hasta 750 eurazos

- ✓ Domicilia tu nómina por primera vez con nosotros.
- ✓ Recibe la bonificación* en tu cuenta.
- ✓ Hasta 31 de diciembre de 2026.

Te esperamos en nuestra nueva oficina, en Avenida de Europa 9.

TODA LA INFORMACIÓN SOBRE LA PROMOCIÓN DE NÓMINAS

*Válido para clientes que domicilian por primera vez su nómina en las entidades del Grupo Cooperativo Cajamar. Bonificación de 300 € para nóminas de importes entre 1.200 € y 1.999,99 €, para importes entre 2.000 € y 3.999,99 € bonificación de 500 €, para importes superiores a 4.000 € bonificación de 750 €. Permanencia 36 meses. Solo se realizará una bonificación por cliente. Sujeta a tributación.
Promoción válida hasta 31/12/2026.


Estás atrapa



LA LUDOPATÍA INVISIBLE EN EL NOROESTE DE MADRID: CUANDO EL DINERO PUEDE ESCONDER LA ADICCIÓN

Por Micaela Malaussena

Hay deudas que hacen saltar todas las alarmas. Y otras que se pagan sin demasiadas explicaciones. En unas familias, perder varios miles de euros puede desencadenar una crisis inmediata. En otras, la misma cantidad apenas altera las cuentas domésticas. El dinero desaparece, pero la vida continúa aparentemente igual.

Y precisamente ahí, en esa capacidad para seguir adelante como si nada ocurriera, puede esconderse una adicción.

La ludopatía no entiende de códigos postales, aunque sus consecuencias puedan manifestarse de forma muy distinta dependiendo de dónde y cómo viva quien la padece. Tener un buen sueldo, una vivienda de alto valor o una situación profesional desahogada no protege frente a la pérdida de control. A veces, incluso puede dificultar que los demás se den cuenta.

Es una de las cuestiones que surgen al investigar la adicción al juego en Pozuelo de Alarcón, Majadahonda, Boadilla del Monte, Las Rozas y Aravaca, territorios que comparten una característica poco habitual en el conjunto de España: una elevada concentración de renta.

Para entender qué sucede detrás de esa prosperidad, hemos recurrido a las estadísticas del Ministerio de Sanidad, la Comunidad de Madrid y el Instituto Nacional de Estadística, además de contar con la colaboración de Diana García Gutiérrez, trabajadora social y educadora social de Centro Arbor, especializado en adicciones y patología dual.

Su primera advertencia desmonta una creencia bastante extendida.

«El dinero no inmuniza frente a la adicción. Con recursos limitados, las pérdidas pueden comprometer pronto los gastos básicos; con más recursos, las consecuencias pueden tardar en hacerse visibles».

Parece una diferencia pequeña, pero no lo es. El problema puede ser igualmente grave en ambos casos. Lo que cambia, según explica la especialista, es el tiempo que tarda en descubrirse.



Zona residencial de La Finca, en Pozuelo de Alarcón. Los especialistas advierten de que una situación económica desahogada puede retrasar la detección de una adicción al juego, al permitir que las pérdidas pasen inadvertidas durante más tiempo.

Cuando perder dinero no es suficiente para dar la voz de alarma

Pozuelo de Alarcón vuelve a figurar como el municipio con mayor renta neta media por habitante de España. Los últimos datos del Instituto Nacional de Estadística, correspondientes a 2024 y publicados el pasado 19 de octubre, sitúan esa renta en 32.612 euros anuales por persona. Boadilla del Monte alcanza los 28.382 euros; Las Rozas, los 26.014; y Majadahonda, los 25.878. Para hacerse una idea de la diferencia, la media nacional es de 15.948 euros.

Aravaca, aunque administrativamente pertenece a Madrid capital, comparte con estas localidades un entorno residencial en el que abundan los hogares de renta elevada. Eso no significa que todos sus vecinos disfruten de la misma posición económica, ni mucho menos que exista una relación demostrada entre vivir en estas zonas y desarrollar una adicción.

Pero las cifras sí ayudan a comprender algo que Centro Arbor conoce por su experiencia profesional: cuando hay margen económico para asumir las pérdidas, las consecuencias más visibles pueden demorarse.

Una persona puede continuar trabajando, atendiendo sus obligaciones y manteniendo un nivel de vida aparentemente normal mientras su relación con el juego se deteriora. Quizá nadie observe dificultades económicas inmediatas. Eso no significa que no las haya, ni que el problema se limite al dinero.

«No medimos la gravedad únicamente en euros: también cuentan las ocultaciones, el deterioro de la confianza, la pérdida de control y el sufrimiento psicológico», explica Diana García.

Es una distinción fundamental. Una deuda puede pagarse. Recuperar la tranquilidad o la confianza de una familia no resulta tan sencillo.

De hecho, la especialista recuerda que algunas personas consiguen afrontar las consecuencias económicas de su comportamiento durante mucho tiempo, aunque emocionalmente lleven años desbordadas.

«Lo que puede cambiar no es la gravedad del sufrimiento, sino el tiempo que la persona consigue mantenerlo oculto. Tener más recursos no significa tener más control».

Conviene señalar que Centro Arbor no dispone de datos estadísticos desglosados por los municipios investigados. Por tanto, no sería riguroso afirmar que los vecinos de Pozuelo o Majadahonda padecen más ludopatía que los de otras localidades. Lo que describe la especialista es una circunstancia clínica que merece ser estudiada: el posible retraso en la detección cuando existen recursos suficientes para seguir soportando las pérdidas.

Trece salones de juego y una realidad que ya no depende de tener uno cerca

La Comunidad de Madrid tenía autorizados, a 31 de diciembre de 2024, trece salones de juego repartidos entre los cuatro municipios: cinco en Majadahonda, cuatro en Pozuelo, tres en Las Rozas y uno en Boadilla.

Son datos oficiales facilitados por el Gobierno regional a través de una resolución de Transparencia.

Majadahonda presenta la mayor concentración de estos establecimientos en relación con su población. Sin embargo, sería un error interpretar esa circunstancia como una prueba de que sus vecinos padecen más adicciones.

Primero, porque un salón puede recibir clientes de otras localidades. Segundo, porque existen otras modalidades de juego presencial, incluidas las máquinas con premio instaladas en establecimientos de hostelería. Y tercero, porque las apuestas hace tiempo que dejaron de depender exclusivamente de una puerta abierta a pie de calle.

«Antes, para muchas modalidades había que desplazarse a un local. Hoy el juego puede entrar en cualquier hogar a través de una pantalla», explica Diana García.

El teléfono móvil ha cambiado las reglas. El acceso es inmediato, la actividad puede mantenerse en privado y la cercanía de una casa de apuestas deja de ser un elemento necesario para participar en juegos online.

Pueblos con Vida

SIERRA OESTE

de la Comunidad de Madrid

VUELVE A VIVIRLA











Comunidad de Madrid

En esa nueva realidad, un municipio con pocos establecimientos físicos no tiene por qué presentar menos problemas relacionados con el juego.
El móvil tampoco distingue entre viviendas de lujo y hogares con dificultades económicas. La pantalla es la misma. Lo que puede cambiar es la capacidad para afrontar las pérdidas y, posiblemente, el momento en que alguien del entorno descubre lo que está ocurriendo.

El dato que debería preocuparnos: los adolescentes madrileños

Si hay una parte de esta investigación que merece especial atención es la que afecta a los jóvenes.
La última encuesta ESTUDES de la Comunidad de Madrid refleja que el 4,8 % de los estudiantes de entre 14 y 18 años presenta indicadores de posible juego problemático. En 2023 era el 3,4 %.
En apenas dos años, el porcentaje ha aumentado 1,4 puntos.
No significa que todos esos adolescentes tengan una ludopatía diagnosticada. La encuesta utiliza una herramienta para identificar posibles conductas problemáticas. Pero la evolución merece atención.
La diferencia entre chicos y chicas es igualmente significativa: el 7,9 % de los varones presenta esos indicadores, frente al 2 % de las mujeres.
Hay un detalle que Centro Arbor considera especialmente delicado. En las apuestas deportivas, la familiaridad con los equipos y las competiciones puede hacer creer a algunos jóvenes que tienen más posibilidades de acertar.
«En las apuestas deportivas, conocer los equipos puede confundirse con controlar el resultado», advierte la especialista.



Pozuelo, Majadahonda, Boadilla y Las Rozas sumaban trece salones de juego autorizados a finales de 2024, aunque su número no permite determinar cuántos vecinos padecen ludopatía. Fotografía de archivo tomada fuera de España.

Saber quién juega de delantero, conocer el estado de forma de un equipo o seguir una competición cada fin de semana no elimina la incertidumbre de un resultado deportivo. Sin embargo, la sensación de conocimiento puede alimentar una confianza que no siempre se corresponde con las probabilidades reales.
A ello se suma la búsqueda de recompensas inmediatas y la dificultad para manejar determinadas frustraciones durante la adolescencia.
Por eso, desde Centro Arbor insisten en que la prevención tiene que ir bastante más lejos que repetir a los jóvenes que apostar



Diana García Gutiérrez, trabajadora social y educadora social de Centro Arbor, especializado en adicciones y patología dual, advierte de que un mayor poder adquisitivo puede retrasar la detección de la ludopatía: «Tener más recursos no significa tener más control».

puede hacerles perder dinero.
Hay que enseñarles a entender las probabilidades, a identificar expectativas poco realistas y a gestionar la frustración. Y hacerlo antes de que aparezcan los primeros problemas.

La ludopatía no siempre tiene el rostro que imaginamos

Existe cierta tendencia a asociar las adicciones al juego con personas que han perdido su empleo, atraviesan graves dificultades económicas o viven en situaciones de exclusión social. Son circunstancias que pueden existir, pero la realidad es bastante más amplia.
Los datos del Ministerio de Sanidad ofrecen una imagen menos estereotipada.
En 2023 se registraron en España 4.009 admisiones a tratamiento por adicción al juego. El 90,9 % correspondía a hombres y la edad media se situaba en 39,1 años.
Hay una cifra que llama especialmente la atención: más de seis de cada diez personas atendidas, el 62,1 %, estaban trabajando cuando comenzaron el tratamiento.
También había pacientes con estudios superiores a la enseñanza obligatoria y personas que nunca antes habían buscado ayuda profesional.
Son datos nacionales, no específicos del noroeste madrileño, pero bastan para descartar la idea de que tener trabajo o formación académica constituye una garantía frente al problema.
Diana García explica que tampoco existe una motivación única para jugar.
Algunas personas buscan excitación. Otras intentan olvidarse durante un rato de sus preocupaciones. También están quienes utilizan el juego para aliviar su malestar y quienes se quedan atrapados en la necesidad de recuperar lo que ya han perdido.
Historias distintas que pueden terminar en un mismo punto: seguir jugando cuando uno ya no quiere, o cuando hacerlo em-

pieza a perjudicar seriamente su vida.
El dinero es una parte del problema, pero no necesariamente la más difícil de resolver.
Según el informe estatal sobre adicciones comportamentales, las personas que iniciaron tratamiento por problemas relacionados exclusivamente con el juego online en 2023 presentaban una deuda media estimada de 19.340 euros. Entre quienes acudían por problemas de juego presencial, la media era de 14.495 euros.
Detrás de esas cantidades hay consecuencias que no caben en un extracto bancario.
La desconfianza, las discusiones, las explicaciones que dejan de resultar creíbles y las promesas de que será la última vez pueden instalarse en una familia mucho antes de que se conozca el alcance económico de la situación.
«La deuda puede ser el descubrimiento; la pérdida de control empezó antes», resume Centro Arbor.
En los casos más graves, ese deterioro puede acompañarse de sentimientos intensos de culpa, aislamiento y desesperanza. La especialista recuerda que el trastorno del juego se asocia a un mayor riesgo de conducta suicida y que cualquier manifestación de ideas suicidas requiere atención profesional urgente.
No se trata de presentar ese desenlace como inevitable, sino de entender que una adicción al juego puede convertirse en un problema de salud mental muy serio.

Las señales que pasan desapercibidas

¿Cómo darse cuenta de que alguien está perdiendo el control? Siempre resulta fácil. A diferencia de otras adicciones, no tiene por qué haber signos físicos evidentes. Una persona puede mantener sus rutinas habituales y, al mismo tiempo, estar dedicando cada vez más tiempo y dinero al juego.
Diana García menciona algunas señales que deberían poner en alerta a las familias: apuestas cada vez más frecuentes, irritabilidad cuando no se puede jugar, movimientos bancarios difíciles de explicar, peticiones de dinero, mentiras o compromisos que comienzan a incumplirse.
También hay frases que conviene escuchar con atención.
«Lo controlo». «Solo quiero recuperar lo perdido». «Lo dejo cuando quiera».
Por separado, ninguna demuestra que exista una ludopatía. Pero cuando esas explicaciones se repiten y el comportamiento no cambia, puede haber un problema que necesita valoración profesional.
Y no hace falta esperar a que una persona acumule una deuda imposible de pagar.
La recuperación, explica Centro Arbor, es posible y existen tratamientos eficaces. Pero dejar de apostar es solo una parte del camino.
También hay que aprender a relacionarse de otra manera con el dinero, controlar los impulsos, afrontar las dificultades sin recurrir al juego y recuperar la confianza de las personas cercanas.
«No basta con dejar de jugar: necesitamos que el cambio se note en cómo vive».

¿Estamos haciendo suficiente para prevenirlo?

La preocupación por las adicciones comportamentales ha llevado a las administraciones a desarrollar campañas y recursos específicos. La Comunidad de Madrid dispone de programas de prevención en el ámbito educativo y de servicios especializados para atender a personas con distintos problemas adictivos.
Los datos sanitarios muestran que existe demanda de ayuda.
El Centro de Adicciones Comportamentales del Hospital Gregorio Marañón había atendido, durante sus cuatro primeros años, a 2.324 personas, según la información difundida por la Comunidad de Madrid en septiembre de 2026. De ellas, 1.908 eran adultos y 416 menores.
Entre los adultos atendidos, el 41 % presentaba problemas relacionados con el juego.
Son cifras correspondientes a ese centro especializado, no un recuento de personas con ludopatía en toda la región.
En el ámbito local también existen iniciativas preventivas, aunque falta información comparable que permita evaluar su alcance real en Pozuelo, Majadahonda, Boadilla, Las Rozas y Aravaca.
¿Cuántos adolescentes han recibido formación específica sobre apuestas? ¿Cuántas familias saben reconocer los primeros síntomas? ¿Cuántas personas son derivadas desde atención primaria a recursos especializados? ¿Se conocen los resultados de los programas que se están desarrollando?
Son preguntas relevantes que no pueden contestarse únicamente contando campañas o actividades realizadas.
Para Diana García, la prevención debería apoyarse en tres actuaciones: formación continuada en colegios e institutos, orientación práctica a las familias y una coordinación efectiva entre centros educativos, profesionales sanitarios, servicios sociales y especialistas en adicciones.
Porque una charla de vez en cuando puede servir para llamar la atención, pero difícilmente sustituye un trabajo sostenido.
«Una charla aislada no sustituye una prevención sostenida; prevenir es dar herramientas para afrontar el malestar sin recurrir al juego», señala.



La detección temprana y el acompañamiento profesional son fundamentales para abordar la adicción al juego y evitar que sus consecuencias económicas, familiares y emocionales se agraven.



Enrique Ruiz Escudero con profesionales sanitarios durante la inauguración, en 2022, del Centro de Adicciones Comportamentales del Hospital Gregorio Marañón. El servicio público madrileño atiende problemas relacionados con el juego y otras adicciones sin sustancia.

La pregunta que todavía no tiene respuesta

Después de revisar los datos oficiales disponibles, queda una cuestión sin resolver: ¿cuántas personas padecen realmente ludopatía en Pozuelo, Majadahonda, Boadilla, Las Rozas y Aravaca?

No existe una estadística pública homogénea y suficientemente desglosada que permita responder con rigor, diferenciando los afectados por municipio, edad, sexo y situación económica.

Los registros sanitarios ofrecen información valiosa a escala nacional y autonómica. Los censos de establecimientos permiten estudiar una parte de la oferta presencial. Las encuestas escolares ayudan a detectar conductas de riesgo entre los adolescentes. Pero todavía falta unir esas piezas con datos territoriales.

Sin esa información no sería serio atribuir a estas localidades una incidencia de ludopatía superior o inferior a la de otros municipios madrileños.

Lo que sí sabemos es que la adicción al juego no desaparece por el hecho de vivir en una zona acomodada. Que afecta a personas con empleo, formación y situaciones económicas muy distintas. Que las señales de riesgo entre los adolescentes madrileños han aumentado. Y que el dinero, en determinadas circunstancias, puede hacer más difícil advertir que alguien está perdiendo el control.

Tal vez ahí esté una de las cuestiones más importantes de esta investigación.

En una familia, las primeras pérdidas económicas pueden obligar a afrontar el problema. En otra, esas pérdidas pueden pagarse y quedar aparentemente olvidadas.

Pero pagar no siempre significa solucionar.

Lo expresa Diana García Gutiérrez con una frase que resume buena parte de lo que ocurre cuando la estabilidad económica permite que la adicción continúe oculta:

«Hay personas que pueden seguir pagando las consecuencias económicas de su adicción durante años, mientras emocionalmente llevan mucho tiempo sin poder sostenerlas».

Reportaje elaborado a partir de los datos del Instituto Nacional de Estadística, el Ministerio de Sanidad, la Comunidad de Madrid y la entrevista concedida a los medios IN por Diana García Gutiérrez, trabajadora social y educadora social de Centro Arbor. Las estadísticas generales no permiten establecer la prevalencia de ludopatía en los municipios investigados. Ω



El teléfono móvil ha transformado el acceso al juego online, que puede realizarse desde cualquier hogar sin necesidad de acudir a una casa de apuestas.



FS CROSS
NUEVO BOX

NATACIÓN
ESTIRAMIENTOS

FS CROSS
Valle de las Cañas

LLAMA AHORA

91 799 2801

AVDA. JUAN ANTONIO SAMARANCH TORELLÓ 8

28223 POZUELO DE ALARCÓN

fitnessports.eu



Estas a una consulta de volver a lucir melena salvaje

Te ofrecemos los mejores tratamientos capilares.

Pide tu cita en: +34 689 323 098
o ven a vernos a: C/Doctor Barraquer 3, Córdoba, España

AKIRA
MEDICINA CAPILAR Y ESTÉTICA

akiramed.com